

VISITA A VENEZUELA  
**Encuentro con Seminaristas**  
Seminario Santa Rosa de Lima, Caracas  
*Sábado 6 de julio de 2019*

✠ Jorge Carlos **Patrón Wong**  
Secretario para los Seminarios  
Congregación para el Clero

LOS DINAMISMOS DE LA FORMACIÓN  
**II. Vida discipular e identidad pastoral**

Un seminarista se puede describir como un **discípulo llamado a ser pastor**. Esta breve frase expresa toda una concepción de la formación sacerdotal y de la metodología que implica. Así, el segundo dinamismo de la formación tiene que ver con la profunda conexión que existe entre la vida discipular y el ministerio presbiteral.

Siguiendo este pensamiento, la *Ratio Fundamentalis* divide la formación sacerdotal en dos grandes períodos que corresponden a la formación del discípulo (etapas propedéutica y discipular o de los estudios filosóficos) y a la formación del pastor (etapas configurativa o de los estudios teológicos y pastoral o de síntesis vocacional).

En el corazón de esta distinción se hallan las definiciones del discipulado y la configuración:

***El concepto de discipulado.** Discípulo es aquél que ha sido llamado por el Señor a estar con Él (cfr. Mc 3, 14), a seguirlo y a convertirse en misionero del Evangelio. El discípulo aprende cotidianamente a entrar en los secretos del Reino de Dios, viviendo una relación profunda con Jesús. Este “permanecer” con Cristo implica un camino pedagógico-espiritual, que transforma la existencia, para ser testimonio de su amor en el mundo (RFIS 61).*

***El concepto de configuración.*** Desde el primer momento vocacional, como se ha dicho, toda la vida del presbítero es una formación continua: la propia del discípulo de Jesús, dócil a la acción del Espíritu Santo, para el servicio a la Iglesia. La pedagogía de la formación inicial, durante los primeros años de Seminario, procuraba inducir al candidato a entrar en la sequela Christi; finalizada esta etapa, llamada discipular, la formación se concentra en el proceso de configuración del seminarista con Cristo, Pastor y Siervo, para que, unido a Él, pueda hacer de la propia vida un don de sí para los demás.

Dicha configuración exige entrar con profundidad en la contemplación de la Persona de Jesucristo, Hijo predilecto del Padre, enviado como Pastor del Pueblo de Dios. La práctica de la contemplación hace que la relación con Cristo sea más íntima y personal y, al mismo tiempo, favorece el conocimiento y la aceptación de la identidad presbiteral (RFIS 68).

Como se puede observar, se trata de dos conceptos complementarios que dan una profunda unidad al proceso formativo. Quisiera interpretar estos dos conceptos desde dos perspectivas existenciales: la del discipulado que prepara la formación del pastor y la del pastor que se mantiene como discípulo del Señor.

### **El discipulado que prepara la formación del pastor.**

La primera interpretación pone el acento en la necesidad de establecer una base sólida para la formación específica del pastor, que contiene tres elementos fundamentales:

- La actitud discipular: *Se invierten todas las energías posibles para arraigar al seminarista en el seguimiento de Cristo, escuchando su Palabra, conservándola en el corazón y poniéndola en práctica.* (RFIS 62).

- La maduración personal. *Un trabajo sistemático sobre la personalidad de los seminaristas. Durante el proceso de la formación sacerdotal nunca se insistirá suficientemente sobre la importancia de la formación humana; la santidad de un presbítero, de hecho, se injerta en ella y depende, en gran parte, de su autenticidad y de su madurez humana. La carencia de una personalidad bien estructurada y equilibrada se constituye en un serio y objetivo impedimento para la continuidad de la formación para el sacerdocio... Este proceso formativo procura educar a la persona en la verdad del propio ser, en el uso de la libertad y en el dominio de sí, tendiendo a la superación de las diversas formas de individualismo, y al don sincero de sí que permite una generosa entrega a los demás* (RFIS 63).

- Una humilde disponibilidad, semejante a la del publicano de la parábola (Lc 19, 9-14). *Se propone un itinerario pedagógico, que sostiene al candidato en su crecimiento, ayudándolo a tomar conciencia de la propia pobreza y, simultáneamente, de la necesidad de la gracia de Dios y de la corrección fraterna* (RFIS 65).

Sobre esta base, humana y cristiana, se podrá realizar posteriormente un proceso de configuración con Cristo. Pero si faltase este fundamento, se correría el riesgo de no conseguir la configuración, teniendo como resultado un sacerdocio sin alma, que no está animado por la caridad pastoral. El discipulado prepara la formación del pastor por tres vías que constituyen el objetivo formativo de la etapa discipular o filosófica:

▪ **La revisión profunda de la iniciación cristiana.** La *Ratio Fundamentalis* insiste en la importancia de la formación del hombre interior. Se trata de una opción pedagógica que pone toda la atención al corazón, dando su justo valor, siempre relativo, a la exterioridad. En este formar el corazón es absolutamente necesaria la conversión, que fue iniciada en la familia y en las experiencias cristianas que están al origen de la vocación pero siempre puede y debe ser profundizada. Si queremos que la caridad pastoral sea el alma de la vida y el ministerio del pastor, antes es necesario este fundamento. Se trata del hombre que se define como cristiano en sus valores, sus actitudes prácticas, sus reacciones, su mentalidad, sus prioridades. En síntesis, una persona evangelizada. Este cristiano convencido establece naturalmente lazos de fraternidad con otros cristianos, de modo que nunca se coloca por encima de ellos. Si quisiéramos visualizar a este pastor con fundamento cristiano, podemos recurrir a la descripción de san Pedro: *Exhorto a los presbíteros que están entre ustedes, siendo yo presbítero como ellos y testigo de los sufrimientos de Cristo y copartícipe de la gloria que va a ser revelada. Apacienten el Rebaño de Dios, que les ha sido confiado; velen por él, no forzada, sino espontáneamente, como lo quiere Dios; no por un interés mezquino, sino con abnegación; no pretendiendo dominar a los que les han sido encomendados, sino siendo de corazón ejemplo para el Rebaño.* (1Pe 5, 1-3)

▪ **Un proceso de liberación interior.** Preparar la formación del pastor exige disponer la tierra en la que se siembra el don de la vocación presbiteral. Me refiero al hombre que acoge responsablemente este don. Conviene así una formación humana rigurosa, que consiga un crecimiento objetivo hacia la madurez humana, la verdadera entrega oblativa y la solidez moral. Si es verdad que necesitamos ser santos, es igualmente verdad que los sacerdotes necesitamos ser hombres, cuya palabra es fiable, cuyo comportamiento es humanamente edificante, cuya gestión de la vida afectiva sea coherente con la misión que hemos recibido. El primer paso consiste en liberarse de las esclavitudes e inconsistencias que más o menos todos tenemos. En los evangelios se alude esta acción liberadora con la imagen de la expulsión de los demonios. La formación humana tiene un sentido positivo, que consiste en devolver y afirmar la dignidad personal, que también podemos designar como consistencia. El texto de la curación del endemoniado de Gerasa es elocuente al respecto porque describe en él la actitud discipular de estar a los pies del maestro: *Cuando llegaron a donde estaba Jesús, vieron sentado, vestido y en su sano juicio, al que había estado poseído por aquella legión, y se llenaron de temor.* (Mc 5, 15).

▪ **El aprendizaje del discernimiento.** La conversión y la madurez humana permiten al hombre la actitud espiritual de quien busca y encuentra la voluntad de Dios. Es, por un lado, el hombre que se ha liberado de las ataduras que le impedían abrirse a la verdad. Es, por otro lado, el hombre que mantiene una saludable duda sobre sí mismo

porque sabe que la salvación viene solo de Dios. Así se dispone humanamente ante aquello que solo puede comprenderse como don de la gracia, dibujando una humilde actitud, descrita magistralmente por san Pablo: *Tres veces pedí al Señor que me librara, pero él me respondió: «Te basta mi gracia, porque mi poder triunfa en la debilidad». Más bien, me gloriaré de todo corazón en mi debilidad, para que resida en mí el poder de Cristo. Por eso, me complazco en mis debilidades, en los oprobios, en las privaciones, en las persecuciones y en las angustias soportadas por amor de Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte* (2Cor 12, 8-10).

De esta manera, el aspirante al sacerdocio llega a **un punto de inflexión importante**, que se puede comparar a una primera estación en el proceso formativo. Cada seminarista, con la ayuda de su director espiritual, debe constatar que efectivamente ha llegado a este punto de la vida espiritual, desde el que es coherente pedir la admisión entre los candidatos a las órdenes. Se trata de la **identificación personal con Cristo Siervo**. Implica asumir con toda claridad el modelo de Jesús: *que no vino para ser vendido, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud* (Mt 20, 28) y por este motivo se hace servidor y esclavo de todos. Llegar a esta estación del camino exige excluir la mundanidad espiritual, el carrerismo, la vanagloria, la triste ambigüedad con que con frecuencia es vivido el ministerio sacerdotal. Si no hay una clara opción por vivir como siervo, todo lo demás puede ser ambiguo. Es probable que esta opción haya estado presente desde el principio, pero al finalizar la etapa discipular esta debe ser una decisión firme, encontrando en el humilde servicio y en el vínculo fraterno más alegría que en cualquier otro beneficio o éxito.

La configuración con Cristo Pastor inicia en la etapa teológica, pero continúa a lo largo de toda la vida del presbítero. Se trata de formar un corazón habitado por el Espíritu y movido por la caridad pastoral, una persona integralmente dedicada al servicio del pueblo de Dios, un líder espiritual, un modelo para el rebaño capaz de acoger a todos y conducir a cada uno a la plenitud de su vocación. Se requiere un buen fundamento. Por eso en la formación sacerdotal no hay tiempo que perder.

### **El pastor que se mantiene como discípulo del Señor.**

Es frecuente que en el ejercicio del ministerio pastoral, el presbítero se experimente falto de fundamentos. Es decir, que constate en su propio comportamiento actitudes inmaduras y no cristianas. Entonces suena una alarma a la que hay que acudir con prontitud. En el reconocimiento de los propios rasgos de inmadurez nos conducen algunos principios:

▪ **Persona en camino.** Es perfectamente normal que surjan rasgos de inmadurez. Porque, aunque hayamos recibido el don objetivo y ontológico de la ordenación sacerdotal, seguimos siendo personas en camino, que se van haciendo poco a poco. La santidad sacerdotal nunca es una posesión segura o absoluta, sino que reviste más bien la humilde forma de un deseo de santidad. Es importante mantener este honesto deseo

y caminar perseverantemente en un proceso de creciente santificación. Por ello no hay que asombrarse de encontrar contradicciones y pecados, sino reconocer con serenidad que *llevamos ese tesoro en recipientes de barro, para que se vea bien que este poder extraordinario no procede de nosotros, sino de Dios* (2Cor 4, 7).

▪ **El reconocimiento puntual.** Aceptar las propias virtudes y contradicciones exige hacer un reconocimiento puntual de las mismas, en el modo irreplicable en que se dan en cada persona. Muchas veces el sacerdote necesita reconocer precisa y claramente lo que le ocurre, poniéndole nombre y verbalizando su situación ante otra persona que le pueda ayudar. No se puede luchar con nebulosas o con molinos de viento, como don Quijote, sino con enemigos bien conocidos y recursos bien identificados. La tendencia natural ante una tentación es huir, movidos por el miedo. Pero el Espíritu nos inspira el camino contrario, enfrentar con valentía la vida abriéndonos a la ayuda de los demás y a la ayuda de Dios. El sacramento de la reconciliación implica en este reconocimiento puntual y consiste en una gracia para caminantes. Fuera del sacramento, ocurre un proceso similar en la dirección espiritual y en la ayuda psicológica. Es necesario un reconocimiento puntual de la realidad porque la verdad es el fundamento para poder progresar.

▪ **El acompañamiento.** El acompañamiento de parte del formador o del director espiritual consiste en un trabajo sistemático, asiduo, en creciente profundización, sobre aquello que ha sido puntualmente reconocido, es decir, sobre la verdad de la persona del seminarista. Dejarse acompañar significa no solo tocar un punto, sino ampliarlo y profundizarlo, conocerse mejor, aceptarse más profundamente, hasta llegar a gestionar la propia realidad del mejor modo que sea posible. Para conseguir este fin es necesario dejarse tocar, dejarse abrazar, confiar profundamente. Es una maravilla contar con un sacerdote que te conoce, del que no puedes dudar, y permanece siempre disponible para ayudarte.

▪ **La ayuda de la gracia.** La gracia de Dios nos precede y nos acompaña siempre. Muchas veces nos preserva, tomando la forma de un escudo protector. Otras veces adopta la forma del dolor de los pecados y del arrepentimiento. La gracia se hace particularmente densa en los sacramentos, dándonos la fuerza para caminar con rectitud en el seguimiento de Jesús. También se hace presente a través de las buenas inspiraciones y de los estímulos y consejos que recibimos de los demás. Lo realmente importante es mantenerse abiertos a la ayuda de Dios, percibiendo su consuelo, es decir, su acción misericordiosa.

### **La continuidad del discípulo que llega a ser pastor**

Cada uno de los rasgos propios del pastor tiene su raíz en la vida discipular y representa una especificación de la vida cristiana. Este vínculo profundo se fundamenta en el hecho de que estamos hablando de una sola persona que es hombre-cristiano-sacerdote-diocesano. Consecuentemente, los nutrientes de dichas raíces se encuentran en el seguimiento de Cristo. Por ello la espiritualidad sacerdotal gira en torno al misterio eucarístico, la Palabra de Cristo, la pertenencia al pueblo de Dios y la dedicación a su servicio, particularmente a los más vulnerables y pequeños.

Puede ser útil considerar diversos rasgos del pastor para contemplar cómo se nutren de la identidad cristiana y discipular. Los textos bíblicos que se refieren a los pastores recogen un amplio vocabulario de verbos, alrededor de veinte distintos, por medio de los cuales se explica la acción del pastor. Todos ellos hacen referencia a la persona del pastor y a su vida que se entrega a favor del rebaño. Esto especialmente dicho frente a los malos pastores, que se distancian del rebaño y lo explotan en su propio provecho. Para una mejor comprensión del actuar del pastor, se pueden clasificar en cuatro apartados:

▪ **Pastorear-llevar a pastos, guiar-conducir.** Designa la función de identificar el camino, pero con el matiz de ir delante, garantizando la seguridad en él. Pastor es quien conoce el territorio y conduce al rebaño a lugares en con pastos abundantes que aseguran su vida. Este guiar no se entiende principalmente como gobernar, sino como ese ir delante, indicando el camino, garantizando los pastos, protegiendo. Contiene también el sentido de abrir caminos nuevos, y por ello se identifica al mismo pastor con el camino, modelo del rebaño.

▪ **Apacentar, alimentar, proveer de lo necesario para la vida.** Es el pastor que providencia y cuida, que tiene cuidado (cura) de las ovejas. Proporciona el agua y la mesa. Se subraya la preocupación por la vida del rebaño. Se hace especial referencia a las ovejitas debilitadas por falta de alimento, dispersas por falta de cuidado. Se trata de hacer frente al desaliento de quienes viven en situaciones adversas y no tienen quién les ayude a interpretar su existencia. Desde estas claves se comprende el promover a las personas para que lleguen a ser ellas mismas, con verdadera dignidad y categoría de hijos.

▪ **Reunir, congrega, atraer, formar un único rebaño, una comunión.** Es la función más característica del pastor: ayuda a superar las barreras de las divisiones. Las que proceden de la opresión mutua (ovejas fuertes y débiles). Hace conciencia de los motivos de unidad. Hace salir del aislamiento para emprender el camino de la solidaridad del pueblo con el proyecto de Dios que es el de su propia historia. Divisiones que proceden de una interpretación errónea de las diferencias de raza, cultura, edad, sexo, religión, condición social. El servicio del pastor es el de la reconciliación. Se trata de hacer volver al rebaño.

▪ **Guardar, dar seguridad, defender.** Es llamativa la presencia de las fieras salvajes, con toda la carga evocativa y simbólica que tienen en el lenguaje bíblico. El pastor debe asegurar la vida libre del miedo que paraliza y de la violencia que aplasta.

Es fácil comprender que estas actitudes del pastor se nutren de la relación del sacerdote con Jesús, del sentido de pertenencia al pueblo santo, en suma, de su propia identidad discipular. Cuando afirmamos que el sacerdote se santifica a través del ejercicio de su ministerio, queremos decir que en el servicio al pueblo de Dios, afirma cada vez con mayor nitidez su propia identidad humana y cristiana.

Llegamos así a un segundo punto de inflexión que considero necesario en la formación e indispensable durante la etapa configuradora o de los estudios teológicos.

Se trata de asumir la identidad del pastor, que especifica la identidad del siervo. Efectivamente, quien ha optado por dar la vida, haciéndose siervo y esclavo, necesita identificar un objeto amoroso, dando la vida por el pueblo de Dios. Ésta es la identidad del pastor, que asume diversas formas: esposo, guía, maestro, padre, cabeza... todo ello interpretado desde el humilde servicio y desde la entrega a una porción del pueblo de Dios.

Como se puede observar la espiritualidad del sacerdote diocesano, siervo y pastor del pueblo de Dios en una Iglesia particular, conlleva una exigencia de santidad. Si los religiosos se santifican a través de la fidelidad a sus votos y constituciones; si los laicos se santifican en medio de sus compromisos temporales; el sacerdote se santifica en el ejercicio de su mismo ministerio. Es un discípulo del Señor que ha llegado a ser pastor en su nombre.

✠ Jorge Carlos **Patrón Wong**  
Secretario para los Seminarios  
Congregación para el Clero